

# **Diversidad y totalidad: Reflexiones en torno a un debate contemporáneo en las ciencias sociales**

## **Lic. Ricardo Rubio**

[Rihorubio@yahoo.com.ar](mailto:Rihorubio@yahoo.com.ar)  
[Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar](mailto:Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar)  
Sec y Tunc. P. UNCuyo

Resumen:

Uno de los debates contemporáneos en las ciencias sociales gira en torno de las categorías *diversidad* y *totalidad*. Para su análisis se parte de las condiciones históricas que posibilitan dicho debate. Si se reconocen las consecuencias debilitadoras que para el pensamiento social crítico tienen las teorías posmodernistas, surge la necesidad de asumir el desafío epistemológico de buscar alternativas categoriales que den cuenta a nivel teórico crítico de la época que vivimos, superando el mero síntoma y tensionando en el sentido de una transformación de las actuales condiciones materiales y sociales. La reflexión recorre distintos momentos, en primer lugar la diferenciación entre “modernidad hegemónica”, “modernidad negativa” y “posmodernidad”; posteriormente se considera el auge de los estudios culturales y la retracción política del conocimiento científico, junto al que se desarrolla un proceso de pragmatización del conocimiento científico ligado a la modernidad hegemónica. Los microrrelatos, los estudios del detalle, del fragmento, de lo híbrido y la diferencia, son manifestaciones de tendencia epistemológicas disidentes en la actualidad. Ahora bien, aun cuando se admita que el conocimiento de la *diversidad* es fundamental para el desarrollo de un saber crítico, llevar al extremo la negación de la totalidad –la “guerra al todo”– termina por disolver la criticidad del pensamiento científico. En este sentido se advierte la necesidad de recuperar críticamente categorías fuertes, como la de *totalidad* para poder explicar el conjunto social. Entendida esta como totalidad abierta que reconoce en su interior la tensión de lo diferente sin pretender homogeneizarlo.

Palabras Clave: diversidad - totalidad - ciencias sociales - posmodernidad - criticidad

\*\*\*

### **1- Introducción**

El presente trabajo pretende dar un marco teórico-epistemológico general para pensar un debate actual de enorme riqueza que se viene dando en el Trabajo Social en la región del Cono Sur y cuyos exponentes más relevantes podríamos resumirlos en dos nombres claves para la profesión de Trabajo Social: José Paulo Netto y Teresa Matus, y en una fuerte reducción, en dos categorías claves: totalidad y diversidad. Sin referirnos directamente a estos autores, trabajaremos lo que entendemos son algunos puntos a pensar para comprender algunas (no todas) de las líneas generales de su discusión.

Hecha la anterior aclaración comenzaremos afirmando que consideramos al problema de las relaciones entre la realidad material y social y las condiciones de la teoría como cuestión fundamental para comprender los debates epistemológicos contemporáneos. Es decir, las ideas para ser pensadas y gozar de cierta plausibilidad requieren de determinadas condiciones históricas de posibilidad. Las ideas no cambian porque hayan mejores argumentaciones, sino porque cambian las condiciones materiales y sociales que hacen posible el sostenimiento de tales ideas. Así, por ejemplo, cabría la pregunta que se formula Fredric Jameson: ¿El tabú actual acerca de la totalidad es el mero resultado del progreso

filosófico y una mayor autoconciencia? Nos preguntamos cómo responder afirmativamente a esta pregunta y no hacer referencia a condiciones históricas y materiales para que la totalidad haya adquirido el grado de tabú.

En algún similar sentido, podemos citar a Roberto Follari cuando afirma en *Pensamiento crítico latinoamericano* que: “no hay postmodernidad cultural porque haya autores postmodernistas, sino que estos últimos surgen por la existencia de la condición posmoderna preexistente en la cultura. De tal manera, el problema de la existencia de lo posmoderno no es de ningún modo intrateórico, sino que es una cuestión tecno-político-cultural de orden epocal” (Follari, Roberto. En Salas Astraín, Ricardo; (ed) 2005).

La interrogación acerca de los determinantes sociales que permiten o clausuran determinado pensamiento (en este caso, el pensamiento totalizador) nos habilita, a partir de las condiciones históricas de posibilidad de ciertos pensamientos, a analizar el filosofar o el saber científico en un nivel sintomático. Así, podemos afirmar, siguiendo las reflexiones de Roberto Follari en *El auge de la Filosofía Política como síntoma*, que existen conocimientos científicos que son síntomas de su época. Es decir, existen múltiples posiciones teóricas que “asumen la época con absoluta specularidad con ella. Es decir, posturas teóricas que son más un síntoma de las condiciones materiales del presente, que un análisis de este” (Follari, Roberto, *El auge de la Filosofía Política como síntoma*). En tanto existen otros conocimientos que son más análisis de su época, que mero síntoma de ella, aunque tanto en un caso como en el otro son siempre productos y manifestaciones de las condiciones materiales y sociales de la época.

En tal sentido, abordaremos el presente trabajo a partir de la tesis de este autor que sostiene que, paralelo al desarrollo de una “modernidad hegemónica” –aquella que se caracterizó por la primacía de la razón instrumental como racionalidad dominante– se desarrollaron formas disidentes y cuestionadoras de aquella, a veces desde el arte, otras desde la reflexión filosófica o desde la racionalidad científica, que fueron adquiriendo el carácter de una “modernidad negativa” o antihegemónica. Esta modernidad negativa se fue radicalizando a lo largo del siglo XX en su crítica contra la razón moderna hegemónica. Primero como *teoría crítica* enfrentó a la razón instrumental y calculatoria, más tarde como *postestructuralismo* criticó a la razón totalitaria, disciplinaria y cuadriladora de la vida, y justo en el extremo de su negatividad como exacerbación de la diferencia, se diluyó en la crítica de toda forma de razón, no dejando lugar a la teoría más que para celebrar la disolución de toda racionalidad en vistas de una existencia individualista relajada y placentera, liquidando consigo incluso la posibilidad teórica de abrir caminos de reflexión para pensar y enfrentar las condiciones de vida de quienes no tienen nada que celebrar (grandes sectores desempleados, población pobre e indigente, excluidos en general del goce de la riqueza socialmente producida, niños trabajadores en países del llamado “tercer mundo”, etc.).

A partir de los cambios en la base material y las relaciones de fuerza en distintos momentos históricos, se produce la llegada al presente auge posmoderno, pragmatista, despolitizado y desideologizado.

Si reconocemos las consecuencias debilitadoras de la criticidad y la politicidad que tiene para el pensamiento científico social crítico las teorías posmodernistas como sintomáticas de las condiciones materiales y sociales vigentes en las últimas décadas, nos vemos en la necesidad de asumir el desafío epistemológico de la búsqueda de alternativas categoriales, que den cuenta teórica y críticamente de la época que nos toca, superando el mero síntoma, tensionando en el sentido de una transformación de las actuales condiciones materiales y sociales.

## 2- Modernidad hegemónica, modernidad negativa y posmodernismo

La modernidad es un tiempo dominado por la subjetividad, pero no por cualquiera de sus formas, sino por aquella *“subjetividad racionalista que pretende el conocimiento del mundo objetivo para dominarlo. (...) poner a la razón en el sentido restricto de razón calculatoria. (...) Proyecto de dominio científico-técnico del mundo”* ( Follari, Roberto: En Salas Astraín (ed), 2005 ).

A esto podemos llamarlo con Follari “modernidad hegemónica o dominante”, que fue la tendencia predominante a partir del siglo XVII. Pero junto con ella hubo un desarrollo en el campo de la estética, la ética y la ciencia en el sentido de una impugnación de dicha tendencia técnico-instrumental de la razón moderna. A estas líneas de disidencia, manifestadas epocalmente de diferentes maneras, Follari las ha denominado “modernidad negativa”. Por lo tanto, no todo rechazo de la razón moderna es necesariamente posmoderno.

La crítica posmoderna de la razón moderna es sólo un tipo histórico-social particular de rechazo entre otros. ( ver Follari, Roberto: en Salas Astraín (ed), 2005 ).

Como vimos, es parte del desarrollo de esta “modernidad negativa” la Escuela de Frankfurt, que a mediados del siglo XX realizará una crítica radical a la razón instrumental y a la tecnoburocratización de la existencia. Como parte de ella, en “El hombre unidimensional” (1964), Marcuse critica a la “conciencia feliz” -aquella creencia de que lo real es racional- y que no es más que el conformismo producto de la racionalidad tecnológica dominante. La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, como parte de la tradición marxista, se caracterizó por la autoconciencia de su historicidad y, a partir de ello, también por la responsabilidad política expresada en el análisis crítico de su época. Escribe Marcuse a comienzos de los 60s: *“... se advierte el contraste entre las formas de pensamiento con dos dimensiones, dialécticas, y la conducta tecnológica o los clichés del pensamiento social. (...) el lenguaje tiende a expresar y auspiciar la inmediata identificación entre razón y hecho, verdad y verdad establecida, esencia y existencia, la cosa y su función”*. Critica a la forma lingüística ligada al operacionalismo, es decir, a aquella tendencia a considerar los nombres de las cosas como si fueran indicativos al mismo tiempo de su manera de funcionar. El razonamiento tecnológico tiende a identificar las cosas con sus funciones, tiende a la absorción de los conceptos por las palabras según su uso común, y con ello tiende a su deshistorización y despolitización. Para Marcuse, la característica del concepto absorbido por la palabra es que se vuelve inmune a la contradicción: *“... esta organización del lenguaje funcional es de importancia vital; sirve como un vehículo de coordinación y subordinación. El lenguaje unificado, funcional, es un lenguaje irreconciliablemente anticrítico y antidialéctico. En él la racionalidad operacional y behaviorista absorbe los elementos trascendentes negativos y oposicionales de la razón”* ( Marcuse, Herbert; 1964 ). La tensión entre esencia y apariencia es el mundo de dos dimensiones del lenguaje, el mundo del pensamiento crítico y abstracto:

“Las dos dimensiones son antagónicas entre sí; la realidad participa de ambas, y los conceptos dialécticos desarrollan las verdaderas contradicciones. (...) Así la “otra” dimensión del pensamiento parece ser una dimensión histórica: la potencialidad como posibilidad histórica, su realización como suceso histórico. La supresión de esta dimensión en el universo social de la racionalidad operacional es una supresión de la historia, y éste no es un asunto académico sino político. Es una supresión del propio pasado de la sociedad; y de su futuro, en tanto que este futuro invoca el cambio cualitativo, la negación del presente” ( Marcuse, Herbert; 1964 ).

Por ello, el lenguaje funcional, afirma Marcuse, es un lenguaje radicalmente antihistórico: “la racionalidad operacional tiene poco espacio y poco empleo para la razón histórica”.

Así, más tarde, en la medida en que la modernización de las prácticas sociales fueron llevando a una cada vez mayor burocratización e impersonalidad de la existencia fue, también, radicalizándose esta modernidad negativa. Una fase siguiente en ciencias sociales y filosofía es el *postestructuralismo*: “...el ataque a la razón en este caso es mucho más radical que el de la Escuela de Frankfurt. (...) los postestructuralistas arrasan con la razón en su conjunto como una pretensión totalitaria y atentatoria contra la sensibilidad y el acontecimiento. (...) Los tópicos de la diferencia y del “enfrentamiento al todo” tipifican la obra de los postestructuralistas, cuyo auge podemos situar entre la última mitad de los años 60 y toda la década de los setenta del siglo XX” (Follari, Roberto. En: Salas Astraín, Ricardo (ed), 2005).

La crítica radical de la razón como dominación en un autor como Foucault, abrió el camino a los microanálisis de la dominación y la violencia, las microfísicas del poder, el estudio del detalle de la circulación del poder en las instituciones. Tales estudios, de gran originalidad y creatividad, han tenido enorme relevancia y fecundidad en varias disciplinas, entre ellas, la Psiquiatría y el Trabajo Social, por su inserción profesional en ámbitos institucionales estudiados por Michel Foucault o Jacques Donzelot, entre otros.

En los años `70 la “racionalización” del mundo de la vida se había agudizado, y los postestructuralistas llevan al extremo tales críticas, al punto de radicalizar la crisis de la Razón moderna en el sentido de su demolición y extinción, junto con la pretensión de la extinción de todo orden como cuadriculador de la vida, que por serlo es dominador, coercitivo y violento.

Por último, las dos últimas décadas del siglo XX estuvieron signadas por el debate filosófico respecto de la *postmodernidad*. Según Santiago Castro Gómez, en *Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro”*, para la filosofía postmoderna, la modernidad ha sido una “máquina generadora de alteridades” que, en nombre de la razón y el humanismo, excluye de su imaginario la hibridez, la multiplicidad, la ambigüedad y la contingencia de las formas de vida concretas” ( Castro-Gómez, Santiago;2000 ). Por ello, algunos autores ven en la crisis de la modernidad la gran oportunidad histórica para la emergencia de las diferencias reprimidas por la razón moderna, es decir, la emergencia de la diversidad negada. El anunciado “fin” de la modernidad implica la crisis de un dispositivo de poder que construía al “otro” mediante una lógica binaria que reprimía las diferencias, pero este autor enfatiza que esta crisis “no conlleva el debilitamiento de la estructura mundial al interior de la cual operaba tal dispositivo” ( Castro-Gómez, Santiago; 2000 ). Para Castro-Gómez el caso de Lyotard es sintomático del cambio en el vínculo entre las ciencias sociales y los nuevos dispositivos de poder ligados ahora a la producción de las diferencias o de lo diverso, y no a su represión como veremos adelante.

En “La condición posmoderna”, Jean-Francois Lyotard establece su hipótesis de que el cambio de estatuto del saber se relaciona con el ingreso de las sociedades “en la edad llamada postindustrial y las culturas en la edad llamada postmoderna”. Desde mediados del siglo XX tanto las ciencias como las técnicas denominadas de punta se apoyan en el lenguaje: fonología, teorías lingüísticas, problemas de la comunicación y cibernética, informática, ordenadores y sus lenguajes, traducción de lenguajes, bancos de datos, telemática, etc., y ello tiene su impacto en el saber científico que también se caracteriza por ser una clase de “discurso”. Con la noción de juegos de lenguaje, Lyotard pone el acento sobre los actos de habla y, en particular, sobre su aspecto pragmático. El desarrollo de esa noción tiene que ver con su perspectiva de fines de los 70s, por la cual “la sociedad que viene parte menos de una

antropología newtoniana (como el estructuralismo o la teoría de los sistemas) y más de una pragmática de las partículas lingüísticas” ( Lyotard, Jean; 2000:10 ).

Crítica a los metarrelatos que han legitimado a las ciencias modernas, teniendo por postmoderna la incredulidad respecto a esos metarrelatos. Para Lyotard el saber postmoderno hace más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias. De allí, visualiza al disenso como fuente de la invención, en tanto que el consenso habermasiano es violentador de la heterogeneidad de los juegos de lenguaje. Sostiene que el saber postmoderno “no encuentra su razón en la homología de los expertos, sino en la paralogía de los inventores” ( Lyotard, Jean; 2000: 11 ). Finalizado el recurso a los grandes relatos, los pequeños relatos se mantienen como la forma que toma por excelencia la invención imaginativa y también la ciencia situando el acento en el disenso, que desordena el orden de la razón, que tiene el poder de desestabilizar las capacidades de explicar y proponer nuevas reglas de juego de lenguaje científico circunscribiendo un nuevo campo de investigación ( Lyotard, Jean; 2000: 110 ). Esto es la invención por la paralogía.

Castro-Gómez señala que uno de los problemas en Lyotard es que al entender que son los mismos jugadores quienes construyen las reglas del juego que desean jugar, estas no existen de antemano. Así, en el nuevo relato que propone Lyotard, plantear que no existen reglas definidas de antemano equivale a “invisibilizar –es decir, enmascarar- al sistema-mundo –en términos de Wallerstein- que produce las diferencias en base a reglas definidas para todos los jugadores del planeta. (...) la muerte de los metarrelatos de legitimación del sistema-mundo no equivale a la muerte del sistema-mundo. Equivale, más bien, a un cambio de las relaciones de poder al interior del sistema-mundo, lo cual genera nuevos relatos de legitimación como el propuesto por Lyotard” ( Castro-Gómez, Santiago; 2000: 157 ). Desde una perspectiva totalizadora en su enfoque del posmodernismo, Santiago Castro-Gómez, se pregunta “en qué consiste la crisis del proyecto moderno y cuáles son las nuevas configuraciones del poder global en lo que Lyotard ha denominado la “condición posmoderna” ( Castro-Gómez, Santiago; 2000:146 ). En síntesis, para este autor, el anunciado “fin” de la modernidad es tan solo la crisis de *una configuración histórica del poder* en el marco del sistema-mundo capitalista. La modernidad implicaba un dispositivo de poder que construía al “otro” mediante una lógica binaria que reprimía las diferencias, en tanto que “la actual reorganización global de la economía capitalista se sustenta sobre la producción de las diferencias” ( Castro-Gómez, Santiago; 2000:145 ). Se habría establecido una nueva configuración de las relaciones mundiales de poder que ya no está basada en la represión sino en la producción de las diferencias. De esta manera, la afirmación celebratoria de la emergencia de las diferencias, lejos de aportar a la subversión del sistema, podría estar contribuyendo a consolidarlo.

Un intento diferente de comprensión del fenómeno posmoderno también desde un enfoque, paradójicamente, totalizador es el desarrollado por Fredric Jameson.

Sus reflexiones sobre el posmodernismo deben entenderse como un intento de teorizar la lógica específica de la producción cultural del capitalismo tardío. En este sentido, reconocer al postmodernismo como fenómeno epocal no es adscribir a sus valores predominantes. Así como sostiene que el concepto mismo de *diferenciación* de Luhmann es sistémico, Jameson afirma que su enfoque del posmodernismo es totalizador, algo así como una teoría unificada de la diferenciación: “un sistema que constitutivamente produce diferencias sigue siendo un sistema, y tampoco se supone que la idea de éste sea en especie “como” el objeto que trata de teorizar” ( Jameson, Fredric; 1999: 60 ). Analizando al filosofar en un nivel sintomático, se pregunta el autor por qué los conceptos de totalidad que parecieron necesarios e inevitables en ciertos momentos históricos, y por el contrario aparecen como

perniciosos e impensables en otros. A partir de un análisis del concepto “modo de producción”, Jameson estudia como el contraste y desigualdad sincrónicos entre dos modos de producción –formas feudales tradicionales que se distinguen marcadamente de formas burguesas emergentes- que conviven en la situación prerrevolucionaria de Francia a fines del siglo XVIII, hace posible a los pensadores de la época conceptualizar por contraste un “modo de producción”. En similar sentido, en relación con el surgimiento y uso del concepto de posmodernismo en Lyotard, podríamos pensar como condición social e histórica de posibilidad de su aparición, el contraste y distinción entre las sociedades industriales hasta la década de los años 50 y lo que él denomina las “sociedades postindustriales” o “sociedades informatizadas”, con las características sociales, materiales y propiamente culturales que diferencian a estas últimas y que conceptúa de culturalmente. posmodernas.

Para Jameson, la ausencia de contrastes fuertes en las sociedades del capitalismo tardío, donde todo parece haber quedado integrado al sistema, permite pensar que “el momento posmoderno, como lógica cultural de una tercera fase ampliada del capitalismo clásico, es en muchos aspectos una expresión más pura y homogénea de este último, de la que se han borrado muchos de los enclaves de diferencia socioeconómica hasta aquí sobrevivientes (por medio de su colonización y absorción por la forma mercancía), tiene sentido entonces sugerir que la declinación de nuestra percepción de la historia, y más en particular nuestra resistencia a conceptos globalizadores o totalizadores como el de modo de producción, son precisamente una función de esa universalización del capitalismo. Donde todo es en lo sucesivo sistémico, la noción misma de sistema parece perder su razón de ser, y vuelve sólo por medio de un “retorno de lo reprimido” en las formas pesadillescas del “sistema total” fantaseado por Weber o Foucault” ( Jameson, Friedic;1999: 67 ).

### **3 -Auge de los estudios culturales y retracción política del conocimiento científico**

Sin lugar a duda los estudios culturales se han constituido en una importante corriente teórica durante las dos últimas décadas del siglo XX, junto con la filosofía posmoderna. *“La crisis actual de la modernidad es vista por la filosofía posmoderna y los estudios culturales como la gran oportunidad histórica para la emergencia de esas diferencias largamente reprimidas”* ( Castro-Gómez, Santiago; 2000 ).

El proceso de auge de la filosofía posmoderna ligada a las condiciones culturales posmodernas existentes, está relacionado con un proceso de debilitamiento ideológico ligado a los procesos sociales del último cuarto del siglo XX. En ese contexto es posible analizar también el caso de los “estudios culturales” como ejemplo de tal debilitamiento. Y si bien reconocemos como parte del mismo el problema de la inter o transdisciplinariedad en los estudios culturales, sólo nos referiremos a esta cuestión para advertir, con Follari, como crítica a la pretendida transdisciplinariedad de los estudios culturales de García Canclini, que la misma supondría de hecho “asumir el privilegio de decir la supuesta verdad no sólo sobre un ámbito disciplinar, sino sobre otros de las ciencias sociales. Pero a la vez permite no asumir a estas últimas a fondo, porque en los hechos se está privilegiando (y no podría ser de otra manera) un cierto punto de vista sobre los otros posibles” ( Follari, Teorías Débiles: 89 ).

En el caso de los estudios de García Canclini, la cultura termina desplazando a lo económico. Follari advierte el doble inconveniente de la pretendida transdisciplinariedad de los estudios culturales que *“olvidan que son estudios específicamente culturales, y se arrojan una imposible mirada omniabarcativa. (...) Doble inconveniente: deslegitimar a los discursos específicos realizados desde esos espacios científicos [como lo son la economía, la ciencia política o la sociología], y a la vez proponer como válido uno propio que no puede dar cuenta de tales especificidades”* ( Follari, Roberto; 90 ).

Referidos estos comentarios de Follari con relación al problema de la disciplinabilidad en los estudios culturales, abordaremos ahora el problema de su debilitamiento ideológico. Para Castro-Gómez, los estudios culturales parecen ver nada más que una explosión liberadora de las diferencias en el intercambio massmediático entre lo culto y lo popular en el marco de la planetarización de la industria cultural. “La cultura urbana de masas y las nuevas formas de percepción social generadas por las tecnologías de la información son vistas como espacios de emancipación democrática, e incluso como un locus de hibridación y resistencia frente a los imperativos del mercado. Ante este diagnóstico, surge la sospecha de si los estudios culturales no habrán hipotecado su potencial crítico a la mercantilización fetichizante de los bienes simbólicos”( Castro-Gómez, Santiago;2000,:158 ).

Para el autor, pareciera que, tanto para los estudios culturales y las ciencias sociales como para la filosofía posmoderna contemporáneas, “nombrar la totalidad se hubiese convertido en un tabú”. En su lugar los temas permitidos son aquellos relacionados con la “fragmentación”, la “hibridación” y la “diferencia”. Todo aquel que pretenda utilizar categorías como “clase”, “periferia” o “sistema-mundo” será calificado de esencialista. Y concluye que “el gran desafío para las ciencias sociales consiste en aprender a nombrar la totalidad sin caer en el esencialismo y el universalismo de los metarrelatos” ( Castro-Gómez, Santiago; 2000 ).

Estudiaremos el caso de los estudios culturales en su generalidad, si bien hay que reconocer numerosas excepciones a su interior, por su vigencia y auge en la actualidad, como ejemplo del alivianamiento ideológico generalizado de la producción de conocimiento científico. Los estudios culturales han seguido un proceso de progresivo debilitamiento ideológico en el marco de las transformaciones culturales en la segunda mitad del siglo XX, fenómeno que se repite en el caso de los estudios culturales en Latinoamérica.

Podemos afirmar que los estudios culturales, en buena medida, se han ido plegando a dos tendencias generales: una exterior, la tendencia cultural posmoderna dominante, tanto en relación con los temas que abordan como en su forma de estudiarlos (cada vez más un ensayismo literario de criticidad y rigurosidad decreciente), y otra que podemos llamar tendencia interna o propia de los saberes que se institucionalizan en academias, que ha sido criticada tanto por C. Reynoso como por Mabel Moraña, quien refiere la tendencia al disciplinamiento de los estudios culturales en la medida en que estos se han ido integrando al menú académico y a sus sistemas de control institucional. Otra vez el pensamiento no puede escapar a sus determinantes, el suelo histórico-social-cultural-político-económico de las tendencias seguidas por el conocimiento científico.

Follari reconoce a los estudios culturales el haber liquidado la noción de identidades esenciales (los nacionalismos extremos, el “ser nacional”, etc.) excluyentes de todo aquello que por no idéntico no entra en tal noción. Pero en un balance es mucho lo perdido en relación a lo ganado. Los estudios culturales han ido abandonando el marxismo y sus categorías fuertes, y con ello también su politicidad y su densidad ideológica, han desaparecido de ellos los análisis de política a nivel macro. Para este autor los estudios culturales gozan de excelente salud puesto que reproducen el sentido común cultural requerido por los sectores dominantes. Se fueron volviendo cada vez más populistas: la gente tiene razón, por lo tanto el intelectual no tiene que decir nada, sólo tiene que describir lo que dice su pueblo a través de distintas versiones. De este modo desapareció toda política real de los estudios culturales.

Poniendo las cosas en su lugar, C. Reynoso sostiene: “Decididamente, ni el posmodernismo ni los estudios culturales hicieron caer el Muro de Berlín o impulsaron el

capitalismo globalizado; pero sin duda acondicionaron el ambiente para que los intelectuales reaccionaran frente a esos y otros hechos con actitudes que oscilan entre la docilidad, la ambivalencia y la celebración. Mientras el capitalismo transnacional se planetizaba a sus anchas, posmodernos y culturalistas insistían en abandonar las “macroteorías reductivas” o los grandes metarrelatos y en hacer que todo el mundo pensante se focalizara en lo particular, lo heterogéneo, lo específico, el micronivel de la experiencia cotidiana” (C. Reynoso).

Los estudios culturales son claro ejemplo de la pérdida del norte político de la teoría con pretensiones de criticidad. En este caso los estudios culturales, sostiene Reynoso, si bien “han desafiado con pertinacia al pensamiento liberal y conservador, el hecho concreto es que han estado mucho más preocupados por lo que ellos perciben como las limitaciones y rigideces del pensamiento de izquierda. (...) Su esfuerzo por amortiguar reduccionismos y materialismos vulgares derivados del marxismo, o por deshacerse de la concepción marxista de la ideología, o por atenuar el carácter clasista de sus culturas, es mucho más intenso que el repudio del capitalismo o su denuncia del orden establecido. (...) Por la razón que fuere, por cada crítica a Thatcher o a Pinochet en los estudios hay cien, mil enmiendas a Marx”. Es decir, la pérdida de norte político se manifiesta en la tendencia a una mayor preocupación respecto del marxismo vulgar que por la crítica a la derecha en el poder.

Ha habido una marcada “despolitización del proyecto” de los estudios culturales, tan profunda como negada. “La despolitización efectiva de los estudios culturales puede leerse también como una ruptura con toda forma de economía política y de análisis macroestructural” (C. Reynoso).

#### **4- Proceso de pragmatización del conocimiento científico**

Completando este somero recorte del estado actual de algunos de los debates epistemológicos contemporáneos, en el marco de la confrontación entre un proyecto de modernidad negativa y otro de modernidad hegemónica, podemos afirmar que, junto al auge de los estudios culturales y de la filosofía posmodernista, se ha desarrollado un proceso de pragmatización del conocimiento científico ligado a la modernidad hegemónica, en un sentido claramente opuesto a la crítica formulada por la Escuela de Frankfurt respecto de la razón instrumental.

Gibbons analiza en *La nueva producción del conocimiento*, libro cabecera del pragmatismo proempresarial, que tal producción se lleva a cabo en un contexto de aplicación. La nueva producción del conocimiento, pragmática, tiene la intención de ser útil para alguien, industria o gobierno, y ese es su imperativo. El contexto de aplicación refiere al aspecto de negociación continua que incluye a los intereses de los diversos actores que pretenden que tal conocimiento les sea de utilidad. Así, “la producción de conocimiento en el modo 2 –o *nueva producción del conocimiento*- es el resultado de un proceso en el que se puede decir que operan los factores de la oferta y la demanda, pero las fuentes de la oferta son cada vez más diversas, como lo son las demandas de formas diferenciadas de conocimiento especializado. Tales procesos o mercados especifican lo que queremos dar a entender por el contexto de aplicación” ( Gibbons, Michael;15 ). Gibbons es lo suficientemente claro y explícito como para comprender de que hablamos cuando nos referimos a la vigente pragmatización del conocimiento y para entender a qué tipo de problemas y situaciones pretende ser útil para su resolución.

La pragmatización del conocimiento refiere a la existencia de verdades sólo en su sentido de resolución de determinadas situaciones, pero no de situaciones cualesquiera sino particularmente de aquellas que enfrenta la valorización de los productos para el mercado. Ya



a fines de los años 70s, en “La condición posmoderna”, Jean Francois Lyotard advertía: “El antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación (*Bildung*) del espíritu, e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso. Esa relación de los proveedores y de los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma valor. El saber es y será valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su <valor de uso>” ( Lyotard, Jean; 2000: 16 ). Cabe preguntarse, siguiendo a Follari, si la llamada sociedad del conocimiento ¿es de todos los conocimientos? ¿o sólo de aquellos que valorizan los productos del capital?

En la actualidad una teoría tiene valor en tanto es de aplicación inmediata. El conocimiento científico es hoy decisivo para la valorización de los productos. Pero no es todo el conocimiento científico el que valoriza los productos. Son sólo este tipo de conocimientos los que interesa al “poder” promover, financiar y contratar. En general estos conocimientos son los tecnológicamente utilizables. El resto de los saberes están cada vez más desvalorizados (filosofía, estudios literarios, ciencia social básica, etc.). Así, el conocimiento no es, como se ha pretendido hacer creer engañosamente, el nuevo capital, sino que cumple para éste una nueva función decisiva para la acumulación del capital.

Entonces, con Follari, se visualizan “dos condiciones decisivas: 1. El capital económico sigue siendo el capital económico, la función del saber se limita a operar a su servicio. El conocimiento no es el nuevo capital económico, sino que colabora a generarlo; pero ello puede hacerse sólo si cierto capital económico previamente acumulado permite “contratar” a ese conocimiento poniéndolo a su servicio, y subordinándolo consecuentemente; 2. No cualquier conocimiento es valorizado por el capital. No estamos ante la valorización capitalista del conocimiento en general, sino sólo de un muy específico tipo de conocimiento: aquél con consecuencias tecnológicas determinables. (...) No hay por tanto una sociedad del conocimiento; lo que hay es un capitalismo que hace del conocimiento una fuente permanente de ganancias y valorización. Pero no se trata de “el” conocimiento en general, sino solamente de aquel que sea tecnológicamente asimilable” (Follari, Modificaciones epistemológicas...).

De lo anterior, y en el marco de la vigencia de una cultura posmoderna desapegada de los intelectuales y de las estructuras de pensamiento sistemáticas, en una sociedad que juzga según criterios pragmáticos de pura aplicabilidad y que, en función de ello, acepta sólo aquellos conocimientos inmediatamente útiles a la acumulación capitalista es de primera importancia reivindicar el conocimiento teórico-científico, la abstracción conceptual, los saberes críticos y las humanidades, entre otros saberes, “...la reducción de lo abstracto a lo operativo y de lo explicativo a lo aplicativo, implica un radical achatamiento de las posibilidades de interpretación de la realidad” (Follari, Roberto; Modificaciones epistemológicas ).

## **5- Reflexiones finales**

La filosofía posmodernista, las tendencias en los 90s seguidas por los estudios culturales en auge, y la radical pragmatización vigente del conocimiento científico son sintomáticos de los determinantes materiales y sociales de la producción del conocimiento en las dos últimas décadas.

La pragmatización mencionada responde en buena medida a las líneas de desarrollo en continuidad con la razón instrumental como racionalidad de la “modernidad hegemónica”. En tanto la filosofía posmodernista y los estudios culturales podemos afirmar que son

manifestaciones de la disidencia respecto de esa hegemonía de la razón técnica instrumental de la modernidad.

Los microrrelatos, los estudios del detalle, del fragmento, de lo híbrido y la diferencia, son manifestaciones de estas tendencias disidentes en la actualidad. Pero si bien el reconocimiento de la diferencia es hoy fundamental para la posibilidad de desarrollo de un pensamiento crítico, no así, entendemos, lo es la “guerra al todo” que, por el contrario, terminó disolviendo la criticidad del pensamiento científico. Creemos necesario recuperar categorías “fuertes” como la de totalidad para poder explicar el conjunto social, pero ya no una totalidad en el sentido con que ella emergió en la primera mitad del siglo XX, sino contextualizada a la nueva época, asumiendo el desafío de l reconocimiento de las diferencias a su interior como totalidad abierta y no homogeneizadora de lo diferente. Es necesario insistir que entendemos que no se trata de una vuelta a nociones de totalidad que sean opresivas o represivas de las diferencias, sino por el contrario que las reconozcan, en el sentido de la constitución de un pensamiento de la totalidad social como alternativa al pensamiento científico del fragmento aislado y sin referencia a estudios de escala mayor, que diluye además de las posibilidades de comprensión, la politicidad del fenómeno fragmentario fuera del marco de su relación con la totalidad, como expresión de múltiples determinaciones. En este sentido Follari recupera la afirmación de Aníbal Ford: “si bien lo micro es un dispositivo fundamental en la elaboración de hipótesis y conjeturas y aun en la exploración de los conflictos estructurales, puede transformarse en una coartada cuando no es acompañado por lecturas del mismo objeto en otras escalas. El abandono de lo estructural –*reflexiona Follari*– resulta un obstáculo que imposibilita un análisis suficiente de la dimensión política como constitutiva de los fenómenos micro que se analiza” (Follari, *Teorías débiles*, p.103).

Por su parte, la mencionada pragmatización del conocimiento científico, ligada a sus posibilidades de mercantilización por su carácter valorizador de productos para el capital, se manifiesta en la diferenciación creciente ya mostrada por Habermas, entre el interés emancipatorio y el interés técnico y el práctico. El conocimiento con consecuencias tecnológicas determinables es valorizado por sobre el conjunto del conocimiento sistemático y los saberes sociales críticos por no ser pragmáticamente redituables.

En el momento en que todo, hasta buena parte del conocimiento científico con pretensión de criticidad, parece quedar absorbido e integrado sistemáticamente en la expansión planetaria del capitalismo tardío, con la consecuente pérdida de contrastes y con ello de referencias, recobra importancia la recuperación crítica de categorías fuertes, pero conscientes de no utilizarlas en un sentido homogeneizante de la diversidad. Así, vemos a importantes pensadores latinoamericanos sostener hoy, en un esfuerzo de coherencia e integridad de pensamiento, la necesidad y el impulso por recuperar, desde una perspectiva epocal y crítica de sus usos opresivos, categorías tales como dependencia e imperialismo (Arturo Roig), totalidad y estructura social ( Roberto Follari ) y trabajar nuevas, por su capacidad crítica explicativa y política, como sistema-mundo ( Enrique Dussel, Quijano).

## 6- Bibliografía

- Castro-Gómez, Santiago.(2000).Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro. *En*: Lander, Eduardo (comp.). "*La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*". CLACSO, Bs. As..
- Follari, Roberto. *Teorías débiles*. (fotocopias del libro pp. 83-104. Se desconoce más información de referencia de la obra)

- Modificaciones epistemológicas actuales, oferta educativa y organización curricular.* (Apuntes del Seminario “Debates epistemológicos contemporáneos” de la Maestría en Estudios Latinoamericanos, FCPYS – UNC).
- (2005). Postmodernidad. En Salas Astarín, Ricardo (coord.). *"Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales."* (Volumen III). UCSH, Santiago de Chile.
- "El auge de la filosofía política como síntoma"*. (Se desconoce más información de referencia del trabajo)
- Gibbons, Michael. (1997). *"La nueva producción del conocimiento"*. Pomares-Corredor S.A., Barcelona.
  - Jameson, Fredric. (1999) “Marxismo y posmodernismo” en su libro *El giro cultural (escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998)*. Manantial, Bs. As.
  - Lyotard, Jean-Francois.(2000). *"La condición posmoderna. Informe sobre el saber"*. Cátedra (7° edición). Madrid
  - Marcuse, Herbert.(1964). *"El hombre unidimensional."* (Se desconoce más información de referencia de la obra).
  - Moraña, Mabel (Comp.). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina* (Se desconoce más información de referencia de la obra)
  - Reynoso, C. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales* (Se desconoce más información de referencia de la obra)